

Cartas para Escribir Vol. 1: Las Marcas del Valor

Brenny Blade



Capítulo 1

Prólogo

~

No quiero sincerarme de los pensamientos y escupir que el tiempo nos detesta y flagela a todos por igual. La vida no es así. La vida es... lo que se llama realmente vida: superación. Eso es lo que es. ¿Qué va a ser de mí o de ti si no superamos nuestros obstáculos? Miseria. Y, la miseria no es vida. La Madre Naturaleza no ha existido alguna vez para dar a luz a la miseria del hombre.

El latigazo mental, que no sirve como un látigo egipcio ni mucho menos, está para desanimar. Quitarle el buen humor de verdad incluso al más masoquista de todos, a cambio de nada, a coste de todo el disfrute que exista. Uno que te obliga a tocarte por las noches para ver si, tal vez, sientes un poco de consuelo o ganas de estar con alguien. Como si realmente eso fuera lo que necesitas.

¿Y entonces que va a pasar contigo, que te partes el lomo para superarlo y siempre te das cuenta que ese no es el problema, sino un residuo del conflicto interno más profundo del mundo?

Te obliga a pensar en ti mismo, aquel mismo conflicto, como alguien que puede lograr tales cosas y es incapaz de tales otras. Cosa normal. La desgracia es que todo eso está erróneo. La frase "cada uno sabe quién es", o su frase hermana, "cada uno sabe lo que tiene que hacer", es casi una mentira. Por no faltar el respeto diré que es una creencia colectiva, pero no por eso se convierte en una automática panacea. Nadie sabe nada. O más bien, no me importa si nadie sabe nada. Yo al menos quiero saber quién soy, porque me interesa mi bienestar. No mi placer continuo. Imagino que tú también; ¿Difícil es de entender la diferencia?

Es tan sencillo como comprender que, si pudiera pagar ahora mismo y casi de cualquier forma la manera en que, instantáneamente, esté bien conmigo mismo en mente, alma y cuerpo, o mente y alma como mínimo, lo haría sin dudarlo. ¿Me quedo pobre el resto de mi vida? No me interesa. Bienestar es lo que quiero.

Hablando mal y pronto, un trauma desconocido, o más bien aún no hallado, significa casi la muerte para las personas. El odio mismo. Destrucción, hambre, guerra, peste. Todo lo malo y desagradable, lo asesino que se pueda resumir en pocas palabras... es eso y más.

La sensación de que te están matando cuando haces lo que te brinda vida está muy lejos de la ironía. No hay nada irónico en la desidia. Irónico es,

por ejemplo, un caso cómico que un nadador profesional le tenga miedo al agua. Cosa seria. No es algo para tomarse un momento, reír y pensar una buena frase, y terminar con "¡Qué ironía!"

No es la muerte en vida. Es lo contrario: Es la vida en la muerte. Es, sabiendo que te estás cayendo de un rascacielos porque tú quisiste, odiando la idea del suicidio, el dolor, el llanto y la traición que haces hacia los que te aman, de todas formas te lanzas al vacío. Porque allí, en aquella trayectoria parabólica de peso muerto a pavimento, está lo que quieres.

Volar.

El día que uno deje de ser un ser humano corriente y caminante, yendo por las escaleras o el ascensor para volverte a caer del rascacielos, golpearte y volver a intentarlo una vez que despiertes al día siguiente, ese uno mismo se transformará en un ángel. En un ser inmortal en la mente de los pensantes, en la oposición hacia el olvido, donde con tus alas todo el planeta te recordará, envidiando y admirando tu poder de descender al cielo.

Increíblemente y ahora, no me estoy cayendo.

Estoy viendo al rascacielos, con los pies frente a las puertas corredizas de la planta baja.

Capítulo 2

El Más Puro Cielo y Mar

~

En un muy desafortunado día de estos, te vi hecho un tigre. Porque me acuerdo que la noche anterior dormimos juntos, y amanecí cuando casi me clavabas uno de tus nuevos y canos fuegos artificiales que te crecieron a la altura del labio, pero tan sólo un poco más arriba. Los dientes como por encima de mi nariz, y entre otras rigideces inmensas por la falta de costumbre y la sorpresa de tener una pantera de compañero.

No sé qué ruido habré hecho que te haya asustado tanto, porque despegaste de pronto en aquel momento todos tus párpados de gato, chillando en tu idioma. Me lamenté un poco por no entenderte nada, no obstante no tengo la culpa de sorprenderme, supongo. Entonces, no era cuestión de nada ni de nadie en que te des cuenta, o de ponernos nerviosos. Te noté un poco desligado, y con razón. Sólo balbuceo, porque en un fin. Qué es lo que te voy a decir ya.

Sudé frío cuando nos dimos cuenta y la ilusión de somnolencia desapareció; casi me arrancas la mano. Aún tengo las sangrientas cicatrices que me diste, que ojalá se queden conmigo en lo que resta de la vida. Las tuyas, en cambio, las aborreciste. El porqué no lo sé; sólo sabía que mis ojos me decían que aquellas grietas negras, uniformes, bellas, que yo mataría por tener, eran despojadas del cuerpo de su propio portador.

Te pedí en numerosas ocasiones que no hagas eso, que te vas a morir. Quizás porque tenía razón, o porque te lo comuniqué con rabia, pero te calmaste bastante velozmente, y no sé qué te asustó más, pero en este momento desearía poder hablarte de esto tranquilamente y con los ojos cerrados, como mínimo. Imagina que me permites tocar tu torso, y lo que encuentro debajo de ese pelaje negro, blanco y naranja, era carne temblando todo lo que podía. Mi cuerpo se envolvió en sensaciones encontradas. Se envolvió en ofensa, y en preocupada empatía. Allí me dí cuenta, al notar mis numerosos pinceles de pelos húmedos y negros, que las marcas tribales de tu cuerpo llevaban la característica línea quebrantada de mis trazos. Ellos lo delataban, los pinceles de cabellos hacia todas direcciones, encima de un escritorio de maderas y metales, todos ellos en un vaso semitransparente. Gruñiste sumiso, gentil y devoto a lo que me sucedía. Negro; completamente azabache al mundo. Por fin pude ver bien, eras una mascota, una pantera negra, con el corazón descolorido y toda extensión entre sábanas igual de negras, dentro de cuatro paredes y un solitario techo, a modo de marco de artista. La palma de mi mano hábil, con la misma tonalidad triste y orgullosa, y entintada

hasta los nudillos, hablaba por sí sola. Te usé de lienzo en blanco, y ahora en el presente eres un tigre con melanismo, sufrido, fanático por mi propio bienestar. Lo siento mucho.

Capítulo 3

Persistencia de la Memoria

~

Sudaba frío por los dedos, viendo lienzo en blanco y sufriendo azotes de cansancio. El dorsal de su propio cuerpo le obligaba a mostrar un aspecto de viejo, de esos que son ancianos y decrepitos. Todo esto le resultaba tan doloroso como sucumbir ante buenos argumentos, teniendo claro un orgullo como el suyo; pero cierto es que llegaba la hora de dormir, y de extrañar ser más joven para vivir la travesía.

A propósito dejó la mayoría de sus utensilios en desprolijidad, en su cochera de trabajo, y también su dormitorio. Inesperadamente se tomó el tiempo para asearse antes de moverse entre las sábanas y suspiros, porque los hombres del arte están desquiciados y tristes, por alguna graciosa razón. No le gustaba que lo acechen los dioses de los sueños, para nada. Preferiría por capricho padecer bloqueos artísticos, pero su carne era más fuerte que su razón, como sucede en la mayoría de los hombres.

Muy pronto ya estaba dormido, luego de quejarse un poco.

Aquel agotamiento insoportable y corpóreo comenzaba a desvanecerse, aunque no por completo, para recordarle que por lo menos estaba vivo y soñando, junto a su forzada mirada cerrada. Después, sus pies estaban helados y rodeados de una textura familiar, pero ajena al desierto donde estaba de pie. Un viento inexistente le revolvió el cabello de la cabeza, y la escasa ropa. Algunos aullidos le alertaron; el horizonte dibujado con tinta lo desconcertó.

Lo tocaba con el pulgar con ánimo de difuminar la idea, y pronto el horizonte descabellado se hizo allí a lo lejos, dejándolo solo, con una vibración rítmica en el bolsillo. Casi al instante sus manos se sintieron así también, y se acuclilló, sin ganas entonces.

Sepia y marrones, pero no se volvió un pobre daltónico. Juraba que había árboles de la típica África, pero ni siquiera. Por lo menos, la experiencia onírica le regalaba un estado risueño, cómico, como el niño que disfruta de la payasada del adulto. El reloj de su cuello también sonreía. Pero daban las nueve de la mañana con mucho escándalo, y decidió quitárselo de encima, y arrojárselo al horizonte maleducado, quien lo miró de reojo, porque ya no se acordaba. Este señor tampoco se acordaba, pero con honestidad, se sintió confundido y molesto, y un poco más viejo a pesar de la costumbre. Molesto, porque allí no se encontraban sus recuerdos, sino sólo un modelo a escala del reloj que sonríe, que por problemas del

dislético, parecían siete relojes. Siete enormes y veloces artefactos del horario, danzando hacia el abajo del sueño. En sus caras de vidrio notó situaciones en las que comentaban rumores del ayer, como la primera vez que decidió manosear algo más allá de una mujer, o el destino de sus ancestros.

La vibración se hizo muy presente y futura. Su sonrisa se transformaba en otra cosa, no pudo ver bien qué era, y los relojes tristes le volvieron a decir que era una mala hora. No trató de acercárseles, porque sabía que eran similares al horizonte, y los dejó allí, con sus propios problemas y oráculos que no vienen al caso. La ropa se le rehizo sobre sí, y se despertó. Se despertó, con unas terribles ganas de ir al baño, y lanzarse sobre ese intimidante lienzo de la noche anterior.

Capítulo 4

Normas de Esperanza

~

Por ese cuerpo ladrón de alientos que ahora viaja por el firmamento y descansa entre la suavidad de las nubes, los niños pequeños siguen velando.

Quizá lo hayan visto una vez, dos veces, toda una pequeñita vida, pero la mirada verde y gris no se va a olvidar, ni tampoco se pierde en la memoria el tacto de esos pétalos rosados como labios de doncella.

Se le puede agradecer la presencia extrañada con algunas rosas amarillas, aunque, se preguntan, ¿Es realmente necesario? El alma risueña aún no se fue; perdió el transporte, pero sigue mandando cartas selladas con sal y símbolos de cariño.

Hay oportunidad de oírle cuando llueve. Dice claramente lo que piensa, pensando claramente lo que dice. Es como si fueran sus lágrimas frías, anhelando algo que es cuestión del tiempo.

Las niñas de zapatitos rojos miran hacia arriba.

Se imaginan la posibilidad del encuentro, y de las ansias se ponen a brincar, recogiendo lo colorido que quedaba del palo borracho en flor en su transición de otoño.

Una niña comenzó a llorar. No es anormal; nadie vence a los años ni a ese sentir que solo puede sentir el pecho de un ángel.

Se alientan a volar, deseando que al fin llegue el día en que lo logren.

No será pronto, pero ese día siempre existirá en los confines de los deseos inocentes.

¿Por qué aparece esta adorable necesidad de volar en unas personitas que no tienen alas?

No desean convertirse en ángeles, no obstante.

Solo desean capturarla, y reír nuevamente.

Se llevan las palmas al corazón y no saben qué decir. Sonríen, como un

reflejo del aura, y cierran los ojitos.

Sollozan por la emoción, saltan y esperan tomadas de la mano por la esperanza.

Sin evitarlo, les surgió el primer amor.

Se palpan la herida en le pecho sin remover la flecha. Están tan contentas que abren las alas...

¿Por qué es tan necesario que vayan a volar?

Aunque, es tan agradable ver el sentimiento mutuo que les sucede después.

Capítulo 5

Concordia

~

Consuelo sueña.

Sueña con la imagen de todos los gamos que vio a su indicado momento.

Ellos caminan con un compañero, a un tempo tranquilo. Vestidos, cada uno, hasta el más pequeño afín, de un blanco cobrizo, además teñidos de tiznes los mayores, esparcidos aquellos hollines entre sus lomos, conformando manchas en forma de astros perlados. Los tantos ojos redondos bien cerrados del rebaño, adornados de grandes pestañas, permiten la abierta confianza a su oído y ante ese destino que se abre junto a un espejo crepuscular allá donde la mirada no alcanza.

Consuelo suspira descorazonada, y los observa avanzar con sus propios y redondos ojos. Su iris coloreado de caramelo tibio relucía sobresaltando al paisaje y a la calma de este ensueño, siendo un teatro donde era de noche todavía, y la luna jugaba a esconderse ante los cérvidos y la joven rapaz quien no sabía muy bien dónde se encontraba, sintiendo inseguridad por la presencia de los gamos que continuaban, muy calmados, ignorándola. No había hembras, y Consuelo le temía a la idea de que podrían tropezarse, con tales ornamentos grandes sobre sus cabezas.

Consuelo tenía miedo, y curiosidad. Nunca tuvo un animal como aquellos tan de cerca, al alcance de la mano, más allá de solamente la vista.

Y así, comenzó a sentir una necesidad de acariciar un lomo sin color.

No iban rápido, pero a su joven perspectiva y palmas, parecía que daban extensos brincos, como si jugaran a perseguirse de manera muy uniforme. Los miró mejor, acomodándose los lentes; no vio huellas de sus pezuñas en el suelo desteñido. Pensó que, a lo mejor, el suelo estaba cubierto de nieve invisible, ya que todo podría pasar en un sueño. Empezó a oírse asimismo unos sonidos gentiles de pisadas. La pequeña se cubrió los oídos del susto; los gamos blancos movían las orejas hacia diversas direcciones, dejándola graciosamente aún más nerviosa.

Ella se preguntó dónde estaban, Consuelo y animales. Se volvió, y notó una infinidad de adansonias, canas y enanas como ella, marcando un contraste agradable entre esas plantas y el ambiente negro, como una

jungla de gnomos.

Se distrajo durante un segundo, a causa de esto. Dejó andar sus pies, con una bobalicona inercia. Entonces, sintió pelaje entre los dedos por accidente.

El gamo que había querido tocar, sin realmente querer, la señaló con el hocico húmedo. Los otros de su misma especie que debían de seguirle le permitieron apartarse del camino para acercársele, a la par que verla, oírla y olerla mejor. Él se movió tan despacio que Consuelo pudo petrificarse al instante, apreciar sus propios latidos desenfrenados, con el alma en la boca, y finalmente sollozar entre soplos tenues. Retrocedió un poco; un árbol blanco estaba detrás de ella, para desgracia suya.

Su sueño se tornó en un mal momento a su perspectiva tímida. Inmóvil Consuelo, el animal rozó su vestido con la nariz mojada. Tembló con fuerza, apartándolo con la mano, apenas y por poco. El gamo no se ofendió, pero llevó entonces su nariz a la cara de la niña, a quien le dolía el pecho de la desesperación. El ciervo le dio un beso en los labios y se alejó una pulgada para verla mejor.

Negros eran sus ojos inocentes, y hablaban ellos dos de tantas cosas que a Consuelo y al gamo no les alcanzó la noche.

Esa mañana de junio amaneció con una gran sonrisa, sin recordar mucho, como un montón de niños deberían estar haciendo en este instante, en este mundo, o en este país.

Capítulo 6

Nueve Muñecas Alemanas

~

Viveka cumplirá cien años.

Su piel, sin siquiera desconches, aún estaba completa e inigualablemente tersa, junto a un rutilismo solemne que le complementaba con amabilidad; y luego de tantísimo tiempo de vida útil para un objeto, continuaba resultando la más agradable al tacto entre todas sus singulares hermanas de porcelana.

Si bien le hubieran colocado en sus momentos un par de ojos cerámicos y abiertos, la niña mentirosa habría apreciado el céfiro de felicidad junto a la muy jocosa reacción de sus semejantes. Su escultor, en vida, traspasó su tercera edad con buen ánimo y orgullo a causa de crearla a ella y a sus hermanas, estas últimas de rasgos muy distantes a la primera allegada, salvo de aquella entrañable expresión y energía de serenidad.

Asimismo y luego de decenas de años, cuando nadie las ve, se preguntan e imaginan cuáles podrían llegar a ser esos ojos que la movilidad de la porcelana no les permitía a ninguna abrir.

Cuando nadie las ve, se vuelven a preguntar por qué nacieron ciegas. Aunque aquella es una preocupación diminuta; su casi infinita vida útil de ático es abrazada por el polvo y el aburrimiento.

En las noches sin sonido, si uno para la oreja con toda su voluntad, se oyen tenues risitas; las hermanas juegan unas horas más tarde de la puesta de sol a intercambiarse los vestidos, debido a que nadie las utiliza en los tiempos modernos, así que aprovechan la poca memoria humana y realizan estos cambios sólo para pasar un familiar momento. Al ser un número impar de parientes, se designa quien dirige a las demás niñas, dictado por turnos lunares. Su capacidad de recordar es increíble, a pesar de que ellas lo consideren como una cualidad de menor importancia. El juego en cuestión llega a su fin cuando el alba se hace presente.

Emily, la más pequeña, mimada y caprichosa de treinta años, siempre ha llevado la manía de probarse las telas de enormes volados de Amara y Berta, sus mayores hermanas mellizas. Estas dos no se quejan, estando ocupadas burlándose de la menor y trenzando ese azabache cabello suyo que le cosquilleaba los talones. Emily entonces, arreglada en aspecto por completo, con nuevos accesorios brillantes y tintineantes, le consulta a un espejo invisible, el cual aunque fuera visible no lo podría ver, y a su hermana Jenell, de ojos entrecerrados, preguntando de todo sobre su

belleza. Si bien Jenell siempre la describe con las mismas palabras: "estás preciosa", en realidad tenía cataratas y no podía ver muy bien, sin embargo sus sentimientos no eran para nada falsos. Desde el fondo de su corazón, llevaba una emoción de profunda sinceridad, y, sabiendo esto, Emily estaba tan feliz, dando saltitos y cantando por los estantes de mármol, a veces siendo regañada por Berta al crear un, según ella, enorme alboroto, mientras ella quitaba como podía a Amara del camino de Millicent.

Ella, Beloved Millicent, era la creación más memorable. Se usaron técnicas particulares para pintar su cabello en un azul que a la luz del día se denotaba aquel color mar. Sus lazos, volados y pliegues hechos a propósito provocaban una sinergia detallada y agradable a la vista. No obstante, lo único que no se destaca de ella era su excesivo humor; porque ella es quien coloca moños por todas las partes que encontraba. Maud, una muñeca de trapo, hermana adoptiva, le seguía firme sin duda como un lazarillo de Tormes. Las dos eran las únicas de todo el ático que lograban sacar de quicio a Jenell, quien detestaba de sobremanera los moños en su pelo de oro o en su sombrerito a escala de plumas. Aunque, Millicent se las arreglaba para echarle toda la culpa a Maud, la segunda menor en este desván, quien no aprendía muy bien aún a defenderse verbalmente. No la castigaban sin embargo; oír la sollozar destrozaba el interior de la bestia más desconsiderada, y sus hermanas no eran precisamente bestias desconsideradas. Salvo por Heidi, pero ella está encerrada en una cajita de cartón por su mala conducta.

Emily era la única que lograba consolar a Maud rápidamente, mientras que Millicent se salía con la suya, acto de todos los días que le alegraba la noche diaria a Pepin, la más antigua luego de la cumpleañera Viveka.

Pepin, vestida de rosa y beige, extrañaba con todo su falso ser a aquellas otras hermanas que no estaban entre ellas, por razones que, curiosamente, ninguna de buena memoria recuerda.

Viveka, asimismo, estaba en un rincón, en capilla por enésima vez. Las pequeñas Emily y Maud la descubrieron de nuevo, cambiando de lugar los calzados de la familia, en especial los lujosos zapatitos perlados de Pepin, debajo del corsé índigo de Jenell, que jamás usaba.

Viveka sólo se llevaba bien con la soledad y su hermana Amara. Transcurría su tiempo al maquinarse diversas formas de hacerle tropezar a Millicent si decidía colocarle un moño a algo que evidentemente no debía. Pero, todas sabían de sobremanera de la procedencia de bondad en el alma de biscuit de Viveka. Era la única que, al instante, lograba robar sonrisas ante todos los niños y niñas que la viesan.

No deberíamos tampoco olvidarnos de Madison. Madison adoraba esos trajes detallados y pomposos de sus hermanas, así que en las noches deja

su uniforme de hombrecito para probarse específicamente el pequeño vestido de Maud, con curiosidad, mencionando su simpleza, la cual iba de la mano con el flavismo cómico de su cabello. Jenell los veía como podía, con su característico esfuerzo, y sonreía cálidamente.

Los dueños de todas estas figuras de materiales diversos continúan siendo diagnosticados con esquizofrenia. El diagnóstico quizá sea cierto. Las muñecas no se deberían mover.

Capítulo 7

Demonio Blanco

~

Se desplegó, espléndido y magnífico como abanico de perfume fino, aquel rascacielos de celestiales cirros blancos, en una bóveda celeste a punto de convertirse en renombradas tinieblas del horror.

Phoebus, en sus últimos momentos de vida en este desagradable ángelus diurno, desplazó y regó cada una de sus cenizas y reliquias de miel y oro, por donde hayan existido ojos maravillados, observando y amedrentándose, delante de la obra maestra de nubes y relámpagos, tan bella que rozaba el mal gusto, distinguibles apenas sus muros canos por las criaturas de Dios.

Haciéndole ver como joya anormal, como un divino presagio de catástrofes que arrancaba suspiros y esperanzas, arrebatándole el aire hasta la indefensa y diminuta criatura quien se atreva a leer sobre de aquel mortal rascacielos en el cielo, en futuros distantes sin certezas ni promesas, se aproximaba. Se aproximaba; las ciudades terrenales de luces nocturnas le vigilaban de reajo, más que expectantes, ya que sentían el temor en el pecho y la sangre helada, quebradiza, sobreviviendo con calma y prisa los lapsos de paz. Desde la imprevista presencia del castillo volante han muerto más personas que en las guerras civiles provocadas por malas decisiones en el pasado. Se podía oír un gentil trueno de amenaza de parte de los estratos, entre cantidades exactas y equitativas de minutos, advirtiendo una vorágine naciente.

En los días posteriores, la zona fue arrasada parcialmente por raudales dirigidos extrañamente en este lugar con poca probabilidad de lluvia, consecutivos azotes galvánicos asimismo, e ira radiante de un gran Febo irritado. Trataron de emigrar los habitantes, pero el diluvio capturó una considerable cantidad de gente en su propia trampa de asfalto y metal. A pesar e incluso con el soporte de sus países colindantes, quienes actuaban por egoísmo o altruismo, la enorme carencia de buena ilusión se hacía notar entre las venas y cabezas preocupadas de la poca humanidad infatigable debajo de las nubes del palacio. Ninguno de aquellos seres humanos tenía espíritu, ahogado en Jesucristo sabrá dónde, y sus propios cuerpos estaban tan sombríos que ya nadie podía notarlo, entre tantos lamentos, todos ellos penosos y desaventurados.

Allí delante en la proa de los cirros perfectos, tanto oscuros como claros, se alzaban un par de ojos tenues, los cuales preocupadamente no dejaban de mirar a detalles y pequeños escenarios hechos trizas que tanto anhelaba y amaba aguardar en el pasado.

Se trataba aquel de un humanoide alado sin más que pesar en el pecho, y tres alas en su detrás, una de ellas tratando de crecer, indicando su condición de arcángel iniciado en este mundo de almas y sombras tan lejanas al hombre como tan cercanas al unísono. Sus sollozos se hacían uno con la hoja de su daga argéntea, cuyo mango era toqueteado por sus dedos tersos y sin calma alguna.

Suspiró nuevamente, dando un aire de desaprobación. Era un ángel superior que, sencillamente, no soportaba la idea de que su santidad máxima e indiscutible haya lanzado catástrofes atroces hacia lo más querido que se tenía, en especial a los hombres con alas que eran los guardianes de cada cuerpo particular de las personas, o a veces de dos cuerpos, tres, incluso una familia completa, por su gran corazón y deseo de hacer el bien entre toda la maldad que se azotaban entre sí, sin mucho ánimo de cambiar su presente o futuro, gracias a los ángeles caídos. Le quitaban razón de ser, sin sus protegidos en la tierra.

Cada pisada que daba a las nubes provocaba relámpagos rugientes. Debía permanecer inmóvil y atento cual centinela por el objetivo de aquel mandato que se le había encargado, el cual dictaba, con letras claras religiosamente, restablecer el orden dejando el paso a la tormenta para luego asentarse la paz eterna. Por su expresión se deduce fácilmente que no estaba de acuerdo con esas políticas. Eran vengativas y sin sentido hacia las criaturas a imagen y semejanza que deben proteger a toda costa de la tentación de los demonios, reyes totales de la superficie.

Su espalda y entre todo su plumaje era una tensión tras otra, siendo sus ideales luchando con la justicia y verdad con la que le educaron toda su vida eterna sirviendo a Dios. Entre toda esa blancura y negrura de su mente, se encontraba el permanente recuerdo de las almas y pellejos cuya designación al azar le otorgó a su cuidado; llegó un punto de su infinidad que aquella línea familiar significaba mucho más que unas cuántas cabezas que no debían morir. Había tomado incluso la falta de delicadeza de aparecerse en sueños y reflejos ante la hija menor de la estirpe actual, casi dándole señales claras del posible apocalipsis que se avecinaba.

Aunque, ciertas veces, hacía más que vigilarla.

Acariciaba sus mejillas mientras dormía, camuflado como el silencio y la oscuridad. Tomada y deslizaba sus propios dedos entre sus azabaches cabellos, escondido en el viento, e incluso la espiaba cuando la regañaban por hacer algo indebido. Le fascinaba ese pequeño ser humano, y por ello sentía más de lo que debió sentir por un ser terrenal.

Ahora, como cargo de arcángel incipiente, le perturbaban el porvenir de su pequeña niña, y lloraban ambos a solas cuando tenían la oportunidad, acechados por los malos pensamientos y verdades. Este ángel inclusive le

ha dicho su nombre, casi impronunciable, en momentos que la niña tenía fiebre o enfermedades graves, en situaciones donde notablemente perdía la esperanza. Él era la promesa de buen porvenir, simplemente. El ángel comprende que es lo único que ella tenía, y refunfuña por eso, de verla sola en un planeta hostil atacado por dioses, querubines, demonios y otros ángeles, cuyo único compañero es un amigo imaginario resignado a desear por su bienestar. Sólo quedaba temblar entre cuatro paredes o agitarse corriendo mientras el destino perseguía vehemente.

La maquinación terminó, debido a una mano amiga que se posó sobre su hombro, buscando consolar, buscando hablarle y calmarle; una mano de mero mensajero varios rangos debajo del suyo. De reojo le contestó, con la mirada, que el cansancio psicológico le estaba venciendo, pero que no se iba a dejar abatir por tonterías, porque la voluntad de Dios así debe de ser. El ángel de alas más pequeñas, superficiales y hasta más blancas dejó escapar su sorpresa entre los labios, los cuales selló tan pronto como pudo ante esos ojos tristes y carmines con pupilas desganadas de tanto pensar.

- Pavel, - le llamó por el nombre, serio, sin ningún ánimo - escúchame bien. La princesa designada por un linaje humano de todas estas tierras es la persona que debo proteger, con mi espada, y mis puños desnudos. Me han dicho toda la vida que debo protegerla a toda costa, sin dudarle, suicidándome si fuera netamente necesario, como si fuera un amante fiel a ella, a su sombra, a su alma y a todo lo que le importe. Esto que me han enseñado lo tengo muy bien sabido, pero, no obstante, ¿De qué me sirve saberlo y proyectarlo si nuestro supremo líder aniquila nuestros objetos más preciados y de muchos otros con tan sólo un chasquido de sus dedos?

El mensajero joven estaba atónito. Tenía las razones exactas para hablar, aquel hombre alado que dudaba de su condición de hombre, y eso le hizo dudar al de alas más pequeñas. Eran dos ángeles dudando de una existencia tan propia como puede ser la suya con tanta necesidad en este mundo devastado sin explicaciones previas, pensaban, con la voluntad de un Dios que nadie ha visto en realidad, pero que todo el universo conoce y habla de él. No parece tener sentido, imaginaron ambos. Lentamente se convertían en demonios, pensando, cuestionándose, siendo fieles a lo carnal, que son, claro, sus preciados humanos, siendo infieles a lo divino e impoluto.

La omnipresencia de Dios se alza ante ellos dos, sin dejar que le detecte, y así invoca entonces cuatro catástrofes de peste, muerte, hambre y guerra sobre las cabezas de los humanos cuyos ángeles dejaron de ser ángeles para volverse demonios en un mundo que entre sus suelos habitan toda clase de ojos rojos sin escrúpulos, pero cándidos, ante todo lo que pueden amar.

Capítulo 8

El Poder de la Oscuridad

~

El guerrero recuerda bien sus razones, sus propósitos, y sus fines exactos de las tramas que estableció hace pares de años creciendo física, cronológica y espiritualmente, preparándose en cada aspecto a colosal magnitud para llevarlos a cabo; porque el guerrero no debería juzgar, no debería pensar, y no se debería intimidar. Debería actuar, y nada más.

Con el ánimo y el persistente e inherente actuar de un animal, entrenó mil veces en la misma montaña, peleó cien veces con el mismo roble, respiró un billón de veces el mismo aire de cascada, y gruñendo decenas de veces, en diversas ocasiones, al notar su cuerpo doblarse a la disciplina poco humana. Bien en realidad se dobló por sus ansias, dejando su perfeccionamiento de lado e ir por su fruto anhelado sin esperar que siga perdiéndose su juventud, rezando para que aún esté allí, tan pulido y amaestrado como los músculos y el sable que sangraron hambrientos por el momento en que se ganaría un lugar en los cielos de los iluminados.

No le quedaba más que ir a buscarlo.

No le quedaba más, que correr hasta donde su instinto falso le dijera.

Al garantizar resultados por el estilo de vida ermitaño que accedió a perseguir, sencillamente abandonó todo sentido externo de la orientación ajena; pensó el guerrero que no le importaría pasar la misma cantidad de años que transcurrió entrenado en la búsqueda de su trofeo, porque sabía que lo obtendría en algún instante de la vida, a pesar de que ni supiese quizá que el país haya cambiado incluso de nombre o idioma durante su estadía en las montañas. Pero, su alma fue impaciente e insaciable como su necedad de represalia, porque eso significaba su determinación además; una bizarra venganza de orgullo derrotado que recorría una arboleda oscura con fuego en la mirada y furia en las manos, quienes lograban arrepentir sin excepción a aquellas criaturas que se hayan presentado como obstáculos molestos y menores.

Se adentró como pudo al fantástico país junto a su corrompida y ciega consciencia, bajo las atentas vistas de los monstruos y las antropófagas bestias que se sorprendían por el deseo que emanaba en aquella noche de tintes escarlatas, en un clima poco común, temible y engañoso, como si las nubes jugaran entre ellas sin provocar siquiera truenos o centellas.

Recorrió asimismo par de kilómetros en una disparatada trayectoria, con la espada desnuda por las ansias y el nerviosismo. Ningún ser amigo o

enemigo tendía a acercársele; tan sólo unos espejismos humanos de tinieblas bailantes que se le presentaban con inminencia. A su vez veía al obstinado celaje no cambiar su vestido, mientras buscaba aire que respirar. Las carnes de sus piernas gritaban ante el efecto de su propio ácido, pero no lo sufría. Había incorporado un insano vicio a ciertas sensaciones, a la adrenalina y otras hormonas.

Fue allí el instante de su éxtasis y ceguera total ante su destino donde se encontró aquel templo de su buscado poderío, hecho destrozos y derrumbado al suelo como el olvido y la desolación, no obstante intacto su sagrado arco carmín.

Pereció su ira, para ser remplazada por otra clase de furia, debido a la sencilla idea de haber llegado tarde y permitir siquiera que un rival desconocido le haya vuelto un infortunado de miseria. Se acercó a las ruinas con los nudillos desenvainados, y verificó la situación con gran pesar. Nada más que los restos edilicios de su desear increíble luego de una supuesta catástrofe natural, al parecer, lo cual le resultó aún más perjudicial, si fuera siquiera pensable. Ni un almamás allí que la alborotada suya, y los ojos de todos los monstruos que sentían los temblores palpables del guerrero, quienes sabiamente no se acercaban; siguió andando esperando encontrar señal de lo ocurrido, pero nada más desastre y trozos de templo pasado. Enfundó su arma, levantó restos de materiales a ligera fuerza, y también unos restos de su existencia perdida.

Se habría derrumbado la vida del guerrero si no fuera por aquella grieta que liberó de los escombros.

Tan sólo levantó un pedazo más de lo que quizá alguna vez fue un muro, y a sus pies tenía la entrada a su respuesta. Se obligó a pensar que era la puerta a sus deseos, por el cual había entrenado tanto para la pelea del dominio. Predominó su sentido de la orientación artificial, y se adentró allí sin más que coraje y poco valor.

Abarcaba la falta de luz con una intensidad que se pronunciaba aún más a cada paso dudoso suyo. Tonos rojizos, bermejos, algo escarlatas entre doquier, sin razón de ser. Templanzas y serenidades en el aire, acompañados de pilares, obeliscos canos y figuras de personas de cuestionable fama, hechas de pedruscos antiguos que, en conjunto, constituían el arco de relieve del único punto de fuga visible.

Por más que haya allí un clima totalmente agradable, el guerrero podía ver de manera perfecta su aliento como si estuviera en un ambiente gélido, o, en su defecto, en una atmósfera muerta.

La mayor sensación de existencia propia del no obstante versátil y calmo lugar era la gran estatua de un hechicero y su familiar, portando juntos e

imponentes el fehaciente símbolo de la masculinidad y la femineidad. Inclusive se les notaba en su imagen el inusual estado de vigilia, como si apenas más en verdad se enfrentaran al humano con sólo el manifestar de una provocación de parte de él. El guerrero asimismo se sintió intimidado. Se llenó de este aire para suspirar calladamente, y luego andar bajo el arco de los guardianes, con las palmas sobre el mango de su arma, mientras lo examinaban los ojos de piedra. Su miedo y tensión irracional le carcomía los hombros y le paralizaba las pisadas, como un veneno de ultratumba, dejándole cada vez más a la merced de la sombra de las figuras; esos dos no se movían ni temblaban, pero el humano los oía observarse y maquinarse.

En el momento que los sobrepasó, luego de infinitos instantes, y a los pocos centímetros, el temor del guerrero se incrementó como si se transformara en las cadenas de su alma condenada. No podía moverse sin derramar transpiración ni agitar su corazón.

Comenzó a jadear a regañadientes, y cerró los ojos. Se cuestionaba a sí mismo qué era lo que buscaba, como siempre hizo al sumirse a la sensación de rendición; recordaba el cómo había perfeccionado su cuerpo al punto de considerarlo apto para apoderarse del poder que anhelaba y que en el pasado no pudo obtener debido a sus numerosas debilidades. Recordó la antigua lucha donde el guerrero, sí mismo, no fue vencedor.

Sus molares se unieron. Sus sienas imitaron. Volvió la mirada, enfrentando a los causantes de su fatiga, y allí mismo las figuras del hechicero y su familiar se hallaban inalterables, encarando al guerrero, como si en verdad les envolviera la vida cuando ningún mortal les ve, y se transformarían en víctimas de mil serpientes cuando presienten la vista por encima; el símbolo de la masculinidad y de la femineidad obstruía el paso del regreso. El guerrero vio a su perspectiva solamente la parte masculina de la alegoría, evidentemente a modo de claro mensaje de parte las figuras de piedra, pero era cuestión del humano entenderlo de la manera correcta.

La ebriedad de poder no le permitió ver la causalidad, asimismo percibiéndola como mera casualidad. Los guardianes sin vida cayeron en una desesperanza que no lograron evitar.

Entre gemidos leves de agotamiento, volvió a levantar la frente hacia su delante. No vio suelo, ni vio horizonte, ni vio el poder. Vio dos hogares idénticos de cara a él.

Fue liberado el guerrero de las ataduras, enderezándose con la facilidad del asombro y la liberación del temor, y volviéndose una vez más para verificar su ubicación. Ya no estaban allí los centinelas. Aquella dirección mantenía el estado de semejanza de la carencia del suelo, del horizonte y

del poder.

El guerrero desenvainó inmediatamente.

A pesar de la fantasía, el humano se sintió sereno aún con espada en mano, como las veces que entrenaba el arte y el manejo de la esgrima de la clase de su arma. No era un conveniente lugar para serenarse, no obstante. Esta persona se encontraba, sin encontrar ninguna clase de indicio de esta verdad, en la parcela intacta del mundo de los sueños de un espíritu olvidado, la cual persiste a causa del siempre soñante espectro, sellado, en alguna parte, como las puertas de los dos hogares.

El mundo de los sueños es la transición entre el país de la fantasía y su contraparte. Eventualmente, su nivel de amenaza varía dependiendo de la parcela de sueño en cuestión, aunque en base puede alcanzar igualdad de peligro como el rango del infierno.

Pero el guerrero no sabía esto.

Avanzó, despojado de todo miedo y embargado de toda calma, acercándose más al espejismo de los hogares gemelos; en cada paso humano a sus direcciones, cada hogar dejaba verse pavoroso como si se tratara de su verdadera realidad, arrancándose la máscara de la hipocresía. El guerrero veía cómo los únicos tangibles además de él mismo mostraban sus cicatrices, tal como el desgarró total y parcial de los muros de dudoso material, y bien sin remordimientos visibles, cada vez más cerca, cada vez más realidad de lo irreal probable. Al situarse al fin él entre ellos, se desplomaron sin sonidos. Una cruz como parte del principal adorno de su cadena apareció a los pies del guerrero, y centímetros lejos, un sombrero con pelaje de ave.

Miró los objetos con extrañeza, mientras seguía sus pasos, y al dejarlos con ninguna atención, se deshicieron como arena al aullido de viento. Ahora; la parcela de la nada absoluta, con un todo tratándose del guerrero sosegado, sin noción de su alrededor. Permitted que su mente se cayera dentro de las adicciones del poder, y se encontró con el tártaro, salido de una niebla que jamás estuvo allí, con el portón legendario repleto de insignias divinas que ya no servían, casi en su nariz.

Volteó la vista a medias con seriedad penetrante, verificando sus opciones. Lo que notó fue oscuridad dominante, y la perdición del retroceso. De nuevo a su frente, su camino de puertas carmesíes, y quizá también la contestación del paradero de lo que el guerrero busca.

Temeroso, no obstante resignado, colocó sus palmas sobre aquella superficie; notó con claridad como alrededor de la mano sintió calor, y como sus dedos se enfriaban al instante entre dolor. Ejerció apresurada presión para evitar futuro daño táctil. Mientras su empuje proseguía, el

panorama cambiaba abruptamente, y el olor a difuntos emergía, atacándole varios sentidos.

El aire caliente y obeso del infierno le golpeó el rostro y le otorgó un estado de agotamiento digno de una persona a punto de morir de inanición. Fue despojado de la vista y del oído durante unos pocos segundos, e inhaló con pesadez. El humano miró, a pesar de los relámpagos que le perjudicaban el ver debido al cansancio, el estado no cambiante del averno húmedo y caluroso. Era como un gran desierto de tierras secas teñido de un vital rojo, con movimientos en todas las direcciones de las lejanías, sin saber uno en absoluto si eran ciertas o inciertas, y con su centro del horizonte una luna engalanando, transportándose apacible entre los cielos que no había; pero todo esto es tan sólo un simple retrato. El infierno no puede describirse todavía con palabras o imágenes.

El guerrero observó bien los posibles espejismos, y con esfuerzo se puso a andar, con el pesar del ambiente entre los hombros, sobre aquel recorrido con aspecto infinito, yendo como un muerto viviente. Sus sentidos continuaban distorsionándose, y su mente iba le entregaba control total del cuerpo al ánima. Pronto, murmullos de mil hablas se escuchaban con claridad. Se preguntaban unas voces hacia las otras qué es lo que trataba de encontrar aquel humano con espada. Se preguntaban si el humano con espada había comido, había descansado, había muerto, había sido juzgado o bien si trataba de eliminar algún ser infernal que se sobrepasó de travieso. Que no se veía como un castigado a mandar, se decían, tampoco que se veía el como esclavo de un monstruo o un brujo. No obstante, sí se veía como un moribundo ante la presión del mismo tártaro, comentaban el millón de voces neutrales.

El humano se embargaba más en la muerte que en la vida cada vez que inhalaba. Su propio cabello, el cual le cosquilleaba las sienes y la transpiración, comenzó a estorbarle, pero no lograba siquiera despegar las manos del mango del arma ni sostener su jadeo. Los vientos infernales, tan cándidos como aliento de can, empeoraban su situación, pero no lo doblegaban. Tampoco el árido suelo ni el sendero sin fin. Tampoco las voces, ni tampoco la luna.

Le prestó las migajas de su atención a esta supuesta luna, quien se había aproximado hacia él, y esta le devolvió el favor mostrándose sin timidez; se apreció un rostro y un parcial cuerpo que no cabía en la presentación del medallón, pero, no obstante, el guerrero no tenía tiempo ni fuerzas para sorprenderse del demonio o luna ante su frente.

El satélite del infierno se atrevió a tocar a este intruso, quien se sumió de forma total como si de la verdadera muerte se tratara. Sintiendo ella bien sus sienes agotadas, lo despojó del sudor y la transpiración. El guerrero recobró ligera vitalidad, y dejó de andar a trances. Desenvainó

inmediatamente, pero su supuesto oponente hizo caso omiso a la amenaza.

- Continúa - dijo, en un zumbido, la luna -, encontrarás la respuesta, humano con espada.

El demonio en ese medallón empezó a elevarse y apartarse del guerrero enfadado. Enfadado, porque se le aludió con un apodo despectivo, creyó, a pesar de agradecer recobrar su agotada vida en las parcelas de la muerte. Suspiró como quien se enfrentaría a un obstáculo difícil, y caminó, con el cuerpo rebosante de energía vengativa. Andaba con la hoja de metal hostil descubierta, entonces recordó bien incluso con detalles completamente irrelevantes la primera vez que había visto ese poderío que le cautivó por tanto tiempo de la misma manera e intensidad sin cesar hasta su derrota.

Recuerda con envidiable fotografía cada trozo de bosque que pisó, cada monstruo que destruyó los cuales se habían entrometido en su camino, y al portador. El portador, de la deseada jurisdicción. Tan moleestamente niño, tan moleestamente atrevido de enfrentar al guerrero y no sucumbir a la oferta de su poder o su vida. Le veía tan inexperto e ingenuo. Creyó que por culpa de esa ayuda poderosa fue vencedor aquél, creyó que por eso decidió irse del país para regresar en un caso especial, donde se sintiese totalmente capaz de acabar con el joven sinvergüenza quien le malinterpretó su ideal, tergiversándolo en tonterías.

Resopló al pensar por enésima vez en su derrota humillante. Su oponente, en el presente, ya sería un rapaz adulto, y las ansias del guerrero de encontrarlo en el infierno o al menos conocer su ubicación, la del joven o la del poder, le provocaba un apasionante cosquilleo. Sintió un fuerte y pecaminoso orgullo que no debió sentir, porque si en verdad este humano armado se tratara de un guerrero no sentiría pecado ni actuaría por razones bajas. No obstante para su bien, por supuesto una respuesta encontraría en el fin de aquella senda infinita bajo las miradas atentas de los demonios y su propia consciencia exigente. El guerrero obraba casi por obligación, no por simples maestrías establecidas. Tan sólo le movían las ansias de saciar su necesidad de venganza, y obtener el poder que le había tentado y fascinado.

La aridez regía sobre su cuerpo nuevamente. Una minúscula tormenta de arena, como si una gran extremidad esparciera todos los polvos y partículas a presión de su peso, cegó al humano.

Unos escalofríos e incluso leves espasmos de mala fe le advirtieron del porvenir.

Se aproximaba.

Con el espíritu amedrentado, la mente suspendida y el cuerpo sin reacciones, vio el surgir de uno de los seres terrenales más despreciados. A pocos metros de sí, junto al levante de la polvareda ígnea, observó, con exactitud, a su posible redentor de incógnitas, a la par que le envolvía el terror.

La criatura, hecha parcialmente de plasma, humanoide, pálida, portadora de un traje enrojecido y desgarrado por la guerra, con una fina punta bermeja de florete entre las sienes, dejó caer toda su grandeza hacia el intruso con su vista similar a las llamaradas del sol. El imponente que acababa de aparecerse se denotó sorprendido al darse cuenta de que un ser humano corriente se adentraba al cúmulo de los pecados y pecadores.

Como pronto se percató, pronto descifró sus deseos; fue obligado a desenvainar un arma tan alta como la estatura del guerrero pasmado.

No por sentirse amenazado; por sentir la necesidad de amenazar.

- Demonio de ojos inyectados de sangre – Comenzó a vociferar el humano, con el corazón en la garganta - No llevo ninguna clase de intención de arraigarte a un hechizo santo y benevolente. De inmediato te eliminaré de mi recorrido, a cambio de que no me brindes la información que requiero.

- Humano con espada, - le respondieron a voz cortante, poderosa - si lo que deseas en verdad se trata de una respuesta y un fin a tu jornada, haber buscado en otra parte. Aquí solo existirá el bioma de los desventurados hasta que el tiempo decida acabarse.

Al guerrero le hirvió la sangre por pasar delante de todas aquellas alimañas sin conseguir siquiera una indicación. Nada más que un demonio sin agresividad y un templo destruido. Refutó de inmediato, blandiendo, mostrando guardia y esquivando el sentido común, como no es nada anormal en el país de la fantasía.

- Imposible, demonio, que aquí no haya más que polvo, arena y mala fortuna. El templo de esa poderosa persona, quien ha derrotado incluso a los dioses, aparecen como meros restos edilicios. Simplemente imposible, te vuelvo a decir, que aquí no haya explicación que no tengas que hablar sobre lo ocurrido y del paradero de aquel increíble poder.

- El culpable fue un provocado terremoto; la sacerdotisa asimismo salió a castigar al idiota a quien se le ocurrió hacer tal tontería. Aunque, no me vaciles con pedir información que no necesitas, humano. Absolutamente deseas ese poder, más que saber el estado del templo o de quien lo porta.

Es gracioso que te hagas llamar un guerrero, cargando con alma corrupta. ¿Deseas convertirte en prole del abismo? Más que gustoso te ayudaría, si eso es lo que en realidad buscas. – La criatura del infierno le brindó una expresión, epítome del final de la vida de quien le viese.

El guerrero tembló, en un intento en vano de un escape desde su alma aterrada, en los mismos momentos que vio caer el arma del demonio, y los pecados propios reflejados en su hoja. La espada se plantó hacia la derecha de su cuerpo, pero todo lo que esta representaba fue clavada en el corazón del humano, quien se llevó la mano allí, frenando una invisible hemorragia, proveniente de su herido ego.

- Envaina esta espada cuando te encuentres con tu objetivo. Quizá, ahora que tienes dos, y no tan sólo una, te consideres a ti mismo aún más 'guerrero' de lo que ya crees. – Su voz de ultratumba cesaba, como alguna fricción de pétalos. – Jamás imaginé que uno de los hombres de la tierra haya sido tan genuinamente hombre como para adentrarse sin saberlo al infierno mismo para obtener tan mundana meta. Siquiera los seres que aquí se originan, ni siquiera la luna del infierno que allí observa se percataron en despojarte de tu cuerpo. Tú mismo, humano, te estás matando. De nada serviría mencionar la palabra suicidio. Te transformas en un demonio el cual no tiene lugar entre los demonios. – El guerrero quebró en el alza del infernal. - Largo de aquí, vete del infierno, monstruosidad humana, antes de que decidamos ayudarte en tu matanza. – La criatura se desvaneció. El humano sintió que murió.

Se arraigó más al dolor, más al mango de su propia espada y más al centro de su torso. Sintió que su cuerpo no le respondía, sus tejidos se alimentaban de sí mismos, y su mente se evaporaba. Cada pizca de sensación terrenal y trivial, cada ejemplo real de su total muestra humana y equívoca por naturaleza se apoderaba de su ser como si de su sangre se tratase. El humano dejó de moverse. El humano dejó de respirar. El humano tan sólo se dejó morir.

Fue allí el momento donde el guerrero se enderezó. Dejando caer su espada, símbolo de su actual pasado que ahora yace en medio del infierno junto a su humanidad, se marchó.

Se marchó, hacia los confines de su senda interminable, bajo la mirada atenta de ambas armas, bajo la creación de su nueva identidad, bajo el cadáver del humano que alguna vez fue, para jamás volver.

Capítulo 9

Conntado y Denotado

~

Había un fino estante de mármol, de dos metros sobre el piso blanco, debajo de su base especialmente realizada para ella.

Esos rizos de su melena jugueteaban tanteando la razón de las personas por el efecto tenebroso en espiral.

Penumbra y obscura se hacían llamar sus pupilas de cobre.

Constituída ella principalmente de celuloide y detalles tallados en madera, con una longitud vertical de medio metro.

Vestido azul de motivos en lunares en gradientes, cabellos rizados amarillos.

Él hubiese continuado su admiración hacia quien mandó a comprar la dichosa muñeca, hubiese continuado en verdad, pero la realista naturaleza de los seres humanos le arrebató un poco más de su ya escasa inocencia para reemplazarla por madurez y sensaciones de traición.

Estatura media, peso promedio.

Veinte años de edad, y bien vestido con modales debido a una familia adinerada.

Cabello semilargo, castaño claro, y es varón de compostura.

Algo desdichado por su mentalidad actual.

Él desearía ser esa muñeca, una hija deseada en un seno bendecido, en vez de un bastardo de embarazo extramatrimonial y por accidente que con suerte existían días en sus años donde, con inconciencia, es tratado de una forma emocionalmente humana.

La muñeca se apiada de él mientras este no le ve.

Capítulo 10

El Otro

~

Realmente al final de todo esto, que era un borde frágil como un hilo, el otro miraba plácidamente, porque al final, realmente esas nueve flores de ahí estaban muy locas.

Pero locas por demencia de haber visto al otro. Ese caballero se veía muy guapo, según los floripondios; le preguntaban mucho de su historia simbólica, con ímpetu de ganas a hostigarlo, con unas expectativas tan grandes y finas, porque realmente se empapaban los propios pétalos de lo mucho que se sonrojaban.

Por eso y otras actitudes densas, como mucho al molestar al caballero, quien ya tenía siete de las novenas flores rozando ropas y con suerte piel, si eran lo suficientemente elocuentes para decir lo que querían decir sin decirlo, realmente.

Porque al final estaban muy locas y atolondradas, aunque muy llenas de cordura. Tanto que el caballero sudaba frío y realmente no de gracia por las caricias, no acostumbrado a, según él, humillarse ante criaturas de supuesta debilidad. Exageraba del susto que tenía por entregar su sumisión, logrando que se rían las demás de aquel otro y que hablen físicamente de forma rodeada y tensa.

De ellas, las nueve, surgía el mayor rubor. En verdad terminaron los diez y cada uno lloriqueando y hasta sollozando al cabo de un realmente indefinido tiempo.

Su trabajo ahora era cuchichear con el otro, mostrando las espinas con gentileza. Sufrían todos el contento sofoco del después, pero el caballero se trataba de escabullir, sin lograrlo ante las flores, que lo querían capturar para continuar con el juego. Pobre, realmente, aunque nadie se quejaría en realidad en su lugar.

Capítulo 11

Hocico Mojado

~

La choza estaba hecha un desastre monumental. Pero, llovía. Uno siempre preferiría un techo mugriento y seco a una tarde sin cielo ni salud. Por más que el intento de casa no sea siquiera de un conocido, se agradece el refugio a los ojos de cualquier polisón indeseable. Lamentable es el caso entonces de William, el intruso en cuestión, ya que no le terminaba de caber su fina cola larga repleta de lodo y hojitas. Era el único entre cada espécimen de su especie que se haya encontrado hasta el siglo veinte que detestaba el agua con bastante seguridad. Su pelo no era extenso, así que no dejaba de verse elegante o intimidante con un rocío de cirros. No tenía problemas con sus orejas o cicatrices notables que no deben estar al contacto con el agua. Quizá sólo sea su psiquis ofuscado. Le quedaba entonces gritar en voz baja al mojarse el rabo de punta a base. Siendo su vida un evidente objeto de burla, al menos sobrevivía para no dejar de lado lo que es ser un tigre en peligro de extinguirse. Un tigre miedoso, pero un tigre al fin. Un tonto tigre que se metió en la vivienda de un pobre que seguramente imitó a William y en otra parte se protegió del aguacero en un tejado que no era suyo. Seguro hizo lo mismo su camarada Starbury, pensó William.

Abrió la boca como caimán ocioso y, pues, se quedó ahí echado encima de un cantero y lo que él creyó que era un muñeco de trapo, metiendo ese hocico lleno de barro suyo entre los olores de las tres paredes para olvidarse de su cola empapada como sapo. Había ropa sucia intentando no ser sucia, y lo que serían trozos de comida regalada a caridad. Imaginó que sería arroz. Lamió un muro de madera para variar su aburrimiento y frustración. Hubiera deseado mejor ser un tigre con un niño sobre un bote en medio de un golfo. Sin embargo, si tan sólo supiera, esa sería mejor su peor pesadilla más que su mejor deseo en un día lluvioso. Por eso, a William lo consideraban tonto y no merecedor de un nombre tan bien adinerado como el suyo. Aunque bien, también es el caso de Starbury; al ser algo que no era un tigre pero que se le parecía, no estaba mal considerarlo alguien con una mente llena de tonterías si para empezar no llegaba a tener el tamaño de sus compañeros adoptivos. Una persona que haya visto canales de televisión de felinos salvajes diría con seguridad que es un guepardo, pero quién sabe. No le han observado personas que hayan visto canales en medios de comunicación, aunque sí canales geográficos, cosa que no tiene nada que ver.

Los truenos lo quitaron de su maquinario sin maldad y se asustó. Del terror se movió hacia todas partes amedrentado como gatito y terminó con la

trompa y las garras hacia arriba. Con suerte no había goteras.

Se dio cuenta así que su cola escurría agua encima de su vientre. No se seguiría mojando infelizmente el rabo, pero se mojaría descorazonada la panza. Gimió triste como hacen los tigres que comen trigo y se puso a llorar luego de eso. Ahora se moja la cara, el pobre e inseguro William. Entre todas esas lágrimas de bestia que no le dejaban ver el techo en paz, se topó con una imagen distorsionada y extraña por la sal y la humedad en sus ojos. Pronto como "vio", le cayeron más gotas en la nariz, y se contorsionó. Alguien más se contorsionó chillando del susto por el movimiento brusco y al final se oyó un bufido de alivio. Era la voz de Starbury. Y no sólo su voz, su cuerpo y su sonrisa dientona también. Se posó de inmediato encima de William, aprovechando la diferencia de tamaños, y le empezó a dar lengüetazos sobre la boca, porque así es como se saludan los mininos que se conocen desde hace mucho. Le encantaba por alguna razón verle esa cara de desafortunado cachorro cuando lograba echarle más agua encima a William, y mejor aún si era porque su cuerpo estaba todo empapado y congelado.

Starbury se defendió del frío con el cuerpo del otro, y el tigre, por supuesto sorprendido, le gritó que qué rayos hacía perturbando su tranquilidad. Starbury dijo que no lo veía ni la mitad de tranquilo y se burló amistosamente de su hidrofobia, entre lo que le seguía limpiando la comisura de los labios y el cuello con cariño. Su camarada de supuestamente misma especie era demasiado apegado a él, a tales puntos elevados que en ciertos momentos, en los meses de locura, se le montaba a propósito. Por parte de William tiene que seguir fingiendo que eso nunca sucedió, y más que le encantaría volver a intentarlo. Pero, en todo caso, la homosexualidad no es algo que perturbe la sociedad de los tigres y guepardos.

Mientras que se peleaban con los dedos, Starbury pateó algo cuyo tintineo les hizo dar un diminuto escalofrío. Había tirado un atrapasueños que se encontraba cuidadosamente sobre una almohadilla pequeña como para la cabeza de un niño. Claro que no había hecho mucho ruido, pero esos dos eran unos exagerados. Por lo menos esa torpeza abrió el camino a un tema de conversación, el cual se trataba en hablar sobre los sueños en sí. William contó muy entusiasmado que en una ocasión soñó en que se comía un conejo del tamaño de un elefante calvo. Starbury rió apenas, y empezó a comentar que soñó que los tigres no tenían rayas, sino manchas. El tigre lo interrumpió diciendo con sentimientos cándidos que le regalaría la mitad de sus marcas negras si pudiera, ya que no le gustaban mucho. El guepardo, por supuesto, se alegró por enésima vez en el año por haber conocido a este animal idiota. Habrían seguido charlando y acariciándose entre sí, si no fuera porque el dueño de la choza precaria los hubiese encontrado. William y Starbury no acabaron con su vida, pero le dejaron el hogar hecho un desastre, más de lo que ya estaba. Cuando amainó el clima se revolcaron entre mandrágoras extranjerías carcajeando

por la poca suerte de ese hombre y de su cara de espanto al verlos lamerse sin parar en su propia casa. Mañana de seguro tratarán de devolverle el favor al desgraciado anciano si entre sus juegos atrevidos no se les olvida.

Y de seguro se les olvida.